

Entre bastidores

Autor(en): **[s.n.]**

Objektyp: **Article**

Zeitschrift: **Textiles suizos [Edición español]**

Band (Jahr): - **(1953)**

Heft 1

PDF erstellt am: **21.07.2024**

Persistenter Link: <https://doi.org/10.5169/seals-797447>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern. Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

Haftungsausschluss

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.



Entre bastidores

Seguramente recordaréis todavía que, en el último número de « Textiles Suisses », el autor de esta rúbrica condujo a los visitantes entre bastidores, a la trastienda, de una gran casa de modas parisiense. De paso les presentó algunas personalidades típicas, el conserje, el personal de talleres, las almacenistas y, al terminar, las segundas vendedoras. Hoy os invita a terminar esa visita para lo cual, trataremos en primer lugar de la vendedora.

*

*

*

Su edad ideal parece ser alrededor de los cincuenta. Posee experiencia y autoridad. Conoce el gusto de sus parroquianas propias ; por ello, cuando asiste al primer desfile de la temporada, cuando se presenta la nueva colección, puede distinguir a primera vista cuáles han de ser los modelos que ha de proponer a esta o a aquella parroquiana. Sus relaciones con las señoras a quienes viste llegan hasta el punto de que las considere como conocidas suyas ; su disculpa pudiera ser que también las desviste y que por el hecho de ver a las altezas y a las estrellas en paños más o menos



menores llega a adquirir el mismo aplomo y la misma confianza que pudiera tener un sargento acostumbrado a ver desnudarse a los generales. Con ello, la vendedora llega a ser una especie de cronista de la vida de sociedad internacional. Ciertamente que está peor informada que, verbigracia, el peluquero, ese confidente predestinado, pero casi se la puede equiparar con él. Aunque la vendedora debe presentar una faz sonriente, como el dios Jano, tiene dos caras y la que tiene entre bambalinas no siempre es tan amena; se debe esto a que está remunerada al tanto por ciento y que las clientas que intentaran cambiar de vendedora correrían el riesgo de que se las llamase al orden, a no ser que se vean compelidas a cambiar de proveedor con tal de no afrontar el furor de la abandonada. La idea que tiene el modisto de la vendedora es que se trata de un personaje necesario aunque peligroso, que fuerza la venta sean cuales sean las circunstancias, que es capaz de combinar vestidos híbridos aunque resulten insultos al buen gusto de la casa, con tal de venderlos bien; en cuanto al punto de vista de la segunda vendedora que se ve sometida a los mil caprichos de la primera, más vale no hablar.

En toda la casa, sólo hay una persona capaz de enfrentarse lo mismo con las vendedoras que con los servicios administrativos e incluso con el mismo jefe;

hablamos del maniquí. Siempre que en el estudio de creación se la siga considerando apropiada y se aprecie la caída de sus hombros, la flexibilidad de su talle y la curva de sus caderas, el maniquí seguirá siendo tabú. Es alta y esbelta por definición; circula por la casa vestida de una blusa blanca o de color suave sobre la que va inscrito su nombre. Debajo del blusón no lleva más que el sostén y un slip; a no ser que sus caderas solivianten al creador, en cuyo caso tendrá derecho a enfundarse en una faja que la agarrote; en cuanto al color de su cabellera, será como la moda lo exija, como su longitud y su corte. El, o mejor, la maniquí va maravillosamente pintada; conoce todos los pequeños artificios de belleza y sabe usar de los afeites; durante las tres cuartas partes del tiempo, no tiene otra cosa que hacer. Las maniqués viven en comunidad, en aposentos cuyas

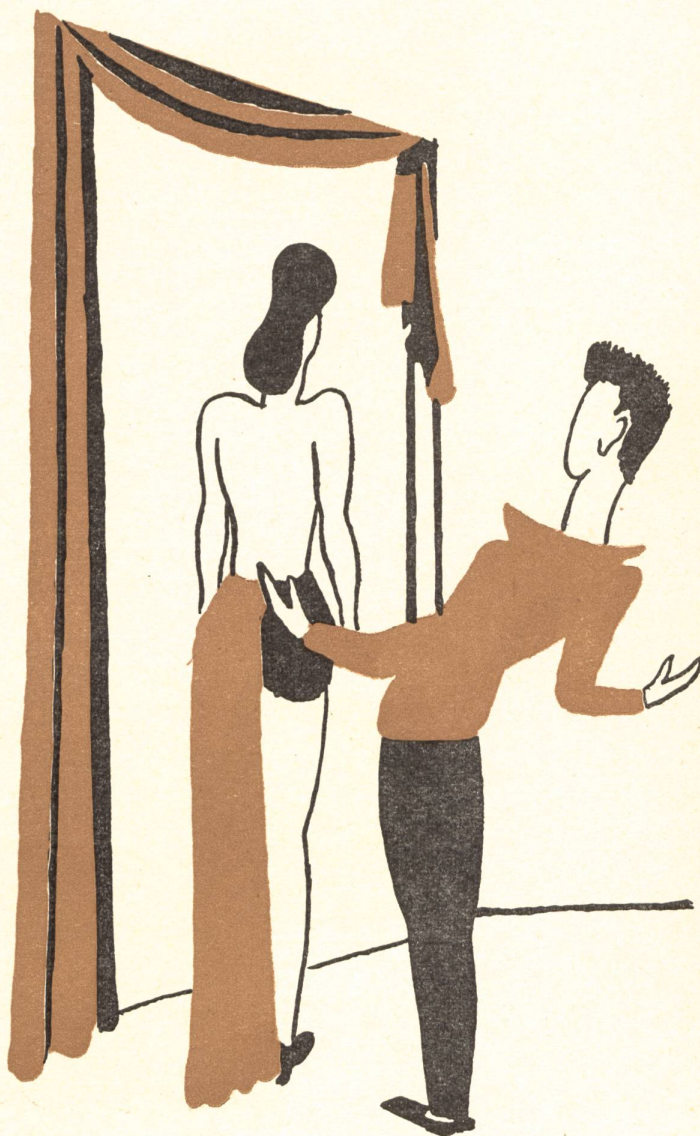
paredes están revestidas de espejos. Llegan hacia las diez de la mañana, se ponen el blusón y empiezan a darse los afeites, lo que las ocupa durante una buena hora y, mientras tanto se cuentan unas a otras los últimos chismes y, preferentemente, historias sentimentales. En la habitación donde pasan el tiempo, su casilla o « cabine », como se la llama, es un constante ir y venir ; vienen a por los vestidos para volverlos a planchar o transformarlos, o para presentarlos a las parroquianas ; también se va allí a por las últimas noticias ; todos saben que las maniqués son invitadas a menudo y están muy al tanto de los restaurantes y de los cabarets. Porque — como hemos de decir, de paso — las maniqués se amoldan rara vez a un régimen alimenticio ; en los restaurantes, devoran sin que se deteriore su línea, mofándose de míster Gayelord Hauser y de todos los dietetistas ; las maniqués son de una raza particular, que se resiste a echar carnes ; además, de no ser así, más les valdría cambiar de oficio.

De vez en cuando, una orden llega por teléfono exigiendo que Fabiana, Simona o Lucky se presenten en el estudio o en un taller, y la maniquí se marcha para servir durante varias horas de modelo, de pie, inmóvil : « No te menees constantemente, no veo nada cuando te mueves », con las piernas tensas, con los pies que queman (si tan sólo pudiese quitarse los zapatos, pero no es posible porque falsearía el aspecto del modelo probado y cambiaría la longitud de la falda).

Pero, desgraciadamente llega un día, en el que la que se tenía por una reina, cuyo cuerpo era tenido en alto aprecio porque daba valor a los vestidos, deja de gustar de pronto, sin que se pueda decir por qué ; entonces, la divinidad baja de su pedestal, se marcha para ingresar en una casa competidora, hasta que llegue un día en que...

En el gabinete de las maniqués están las encargadas de vestir las, enfundándolas en los vestidos, abrochar los botones y los cierres de cremallera, recoger los vestidos cuando la maniquí se despoja de ellos después de haberlos presentado ; su labor consiste en adornar al ídolo, hacer los recados, recibir las llamadas telefónicas, tomar nota de las citas y comunicarlas a la interesada, recibiendo también algunos regalitos ; son como las abejas obreras, entregadas en cuerpo y alma al servicio de la reina de la colmena.

En una casa de modas hay además muchos más servicios que los que acabamos de visitar juntos ; hay la sección



de expedición y de embalaje, que sólo se distingue de la de otros oficios por un mayor conocimiento de los medios para colocar sobre un lecho de papel de seda los vestidos más frágiles — los que, como algunas gardenias, se empañan tan sólo al mirarlos — para que la camarera, al sacarlos de su caja, no tenga más que colgarlos, immaculados, intactos. Hay también la sección de contabilidad que no tiene nada de particular, sino que tiene que funcionar dentro de un ambiente de inestabilidad y de nerviosidad poco corrientes, teniendo siempre que batallar con un personal para el cual contingencias tan vulgares como el tener que equilibrar ingresos y gastos no parecen representar el menor obstáculo. El jefe de la contabilidad ha de hacer frente también a las exigencias del modisto, el cual tiene sobre los gastos remuneradores y de la publicidad tiene unas ideas que ponen los pelos de punta a cualquier tenedor de libros ortodoxo. Existe además el personal encargado de las entregas a domicilio, el chofer que guía la pequeña camioneta negra, reluciente, que lleva inscrita en letras esmeradamente dibujadas la firma del modisto; indudablemente habrá también un encargado de las calderas de calefacción, que vive en medio del carbón y del aceite pesado, al que los vestidos le importan un bledo y que, como el fogonero de un trasatlántico, ignora la vida de los pasajeros de primera clase..., pero todo esto no tiene decididamente nada que ver con el resto de la casa de modas...

Al dar las seis, las seis y media, las siete, el personal de talleres se marcha en primer lugar, luego el de los servicios administrativos, seguido de las maniqués, de las vendedoras. Por fin, el modisto mismo se marcha y el conserje cierra. Sólo quedan los vestidos, por todas partes, en los armarios, y descansan también; tanto se les ha ensayado, pinchado, recosido, planchado, tantas mujeres han querido enfundárselos a la fuerza sobre unas carnes por demás abundantes, que también ellos necesitan reposo. Y, bien pronto, apagadas las arañas y las lámparas, los vestidos duermen.

X. X. X.

